

sagradas órdenes á San Malaquías y le designó para sucesor suyo, puede creerse que á pesar de la irregularidad de su elección no carecía de mérito. El escándalo de que veníamos hablando debía probablemente su origen á la autoridad temporal que, en vez de proteger la libertad de las elecciones canónicas, no temió apoderarse de ellas y dar la investidura de los obispados; una vez manifestadas estas pretensiones por los príncipes, el favor se fijó en los hombres mas hábiles de esplotarlo; y unos abusos que el poder cubria con su égida, convertidos muy luego en costumbre, merced á la ignorancia y á las sugerencias del interés, se arraigaron hasta el punto de adquirir la autoridad de leyes. De aquí resultaba, como acaeció especialmente en una gran parte de Irlanda, una relajacion que se diferenciaba poco de una estincion total de la Religion. Despues de haber remediado Malaquías tantos males, dejó la Silla metropolitana segun la condicion con que la habia aceptado, colocó en ella por consentimiento del pueblo y del clero á un sugeto experimentado llamado Gelasio, y se volvió á su antigua diócesi (1135).

Cuatro años despues y con este motivo pasó á Roma á fin de asegurar su conducta, dice el ilustre autor de su vida (1), haciéndola aprobar por la Silla apostólica. De allí fué y volvió á Claraval, trabó estrecha amistad con el santo abad que gobernaba tan religiosamente aquel monasterio, y manifestó los mas vivos deseos de acabar en él sus dias; pero jamás pudo conseguir para ello permiso del Papa, porque le creia muy necesario en Irlanda. Para desquitarse cuanto le fuese posible, envió muchos de sus discípulos á aquella escuela de virtud para aprender en ella sus instituciones, y dos años despues fundó bajo la misma observan-

(1) Bern. *Opuse.* 12, cap. 13.

cia, en la diócesi de Armagh, la abadía de Millefond, que produjo bien pronto otras cinco. Habiéndole hecho el Papa legado suyo en Irlanda, restableció por todas partes las tradiciones y las antiguas reglas que es hallaban casi abolidas. Sus virtudes sostenidas con el don de los milagros, hacian recibir como si viniese del cielo todo lo que él mandaba, y se procuraba ponerlo por escrito y se conservaba preciosamente su memoria. Jamás tuvo nada propio, ni aun permitió que se le señalase dotacion alguna particular para la mesa episcopal: vivia con la sencillez del mas pobre religioso, y aunque era legado, hacia sus visitas á pie. Algunos años despues de su primer viaje á Roma, volviendo á esta ciudad para recibir el palio de mano del Papa, murió en Claraval el dia de la Conmemoracion de los difuntos como él habia predicho y deseado por mucho tiempo, por la viva confianza que tenia en los socorros particulares que los difuntos reciben de los vivos en aquel dia (1148).

San Bernardo tuvo relaciones bien diferentes con Pedro Abelardo, nacido en las estremidades de la Francia cerca de Nantes en Bretaña, y lastimosamente célebre en el centro del reino por el brillo y frivolidad de sus talentos, por el extraño uso que hizo de ellos, por el castigo no menos extraño que se le hizo padecer, y en fin, por la presuncion turbulenta con que procuró encubrir tanta ignominia é irrision. Nos guardaremos bien de presentar las individualidades novelescas y sucias de sus primeros años, en las que no solo no debe ocuparse una pluma consagrada á la Iglesia, pero ni aun otro escritor alguno honrado y juicioso. ¿Qué nos importan el corruptor y raptor de su propia educanda, el celibatario forzado y apasionado siempre, ni aun el dialéctico hinchado con los vanos triunfos de su habilidad sofística, entregado á su manía por la

novedad y lo extraordinario en todo género? Él no puede llamar la atencion sino por sus errores ó sus aserciones inauditas en materia de fé, ni debe fijar nuestras miradas sino por la penitencia á que el exceso de sus humillaciones pareció conducirle sinceramente al fin de sus dias. Solo á los cínicos del siglo XVIII correspondia disfrazar este pedante libertino en personage de importancia.

Habian pasado ya diez años desde que fué condenado en un concilio reunido en Soissons, cuando olvidando esta censura canónica añadida á tantas otras tachas, y empezando de nuevo á desfigurar nuestros misterios con las ideas extravagantes de su dialéctica, fué amonestado caritativamente por el docto y santo abad de Claraval. Prometió por el pronto retractarse; pero su presuncion poco comun y el recuerdo de sus antiguas victorias en la disputa hicieron que no tardase en olvidar aquella resolucion. Habiendo sabido que Bernardo habia tenido una viva contienda con el arzobispo de Sens, se ofreció á justificar su propia doctrina en un concilio que debia celebrarse en aquella ciudad, é hizo que se convocase á él al santo abad, á quien por otra parte se le intimó que se presentase cuanto antes. No necesitaba tanto la vanidad de Abelardo para triunfar anticipadamente con el enjambre de admiradores que acostumbraba llevar tras de sí. El concilio se celebró en 2 de junio de 1140, y la asamblea, anunciada con afectacion por los partidarios y discípulos del novador, no fué menos numerosa que augusta. Además de los prelados de las provincias de Sens y de Reims, asistió á ella el rey Luis el Joven, con los condes de Champaña y de Nevers, y una infinidad de curiosos de todas clases atraídos á la disputa como á una funcion de teatro.

El éxito no estuvo mucho tiempo dudoso. Habiendo leído Bernardo en alta voz las

proposiciones erróneas extractadas de las obras de Abelardo, dijo á este que si las confesaba por suyas las probase ó las corrigiese (1). Al oír esto, todo el orgullo del dialéctico cayó en tierra: el espíritu, la memoria, y hasta la misma palabra que manejaba con tanta facilidad le faltaron en un mismo instante; y despues confesó á sus amigos que todas las potencias de su alma se habian hallado como encadenadas. Apenas pudo tartamudeando apelar al Papa, é inmediatamente despues se retiró confuso, seguido de sus partidarios igualmente aturridos. Su apelacion no era canónica, supuesto que los jueces eran de su elección; sin embargo, por deferencia á la Santa Sede, los Padres se abstuvieron de sentenciar sobre la persona de Abelardo; pero haciéndose la condenacion de su doctrina mucho mas urgente por el peligro de la seduccion, condenaron sus proposiciones despues de haberse convencido, por la tradicion de los santos doctores, de que eran falsas y aun heréticas. Así es como se espresa la carta sinodal que los obispos encargaron á San Bernardo que estendiese, á fin de obtener del Papa la confirmacion de su sentencia.

Entanto Abelardo tomó el camino de Roma con el designio de seguir su apelacion; mas al pasar por Cluny se encontró con Renaldo, abad del Cister, hombre de una virtud que le ha hecho poner en el número de los Santos canonizados de su orden; y éste de acuerdo con Pedro el Venerable, dotado como él del espíritu de paz y del don de persuadir, persuadió á Abelardo á reconciliarse con el abad de Claraval. Se ignora á qué clase de retractacion ó esplicacion se sometió; pero se sabe que fué suficiente la desaprobacion que hizo de sus errores, supuesto que con ella quedó satisfecho aquel piadoso y santo abad. Durante esta negocia-

(1) Bern. *Epist.* 537.

cion, confirmando el Papa las decisiones del Concilio de Sens, condenó no solo los errores, sino también la persona de Abelardo, y aun le confundió con Arnaldo de Brescia, mandando arrestarlos á uno y otro como herejes, y encerrarlos separadamente en un monasterio. Esta noticia fué para Abelardo como un rayo, aunque al mismo tiempo un medio salvacion. Disgustado de la gloria del mundo que paraba en tales oprobios, le renunció sinceramente, y se fijó hasta la muerte en el puerto adonde la Providencia le habia conducido. En él no hizo mas que irse aniquilando en los dos años que todavía vivió; pero á todo el mundo persuadió con su fervor, y especialmente con su docilidad y modestia, de que si el disgusto habia sido la ocasion de su penitencia, la gracia era ya el sólido principio de ella (1142).

El venerable abad de Cluny no se desdennó de avisar la muerte de Abelardo y de enviar su epitafio lleno de elogios á la harto célebre Heloisa, víctima ciega de la seducción y de todos los caprichos de su corruptor (1). A persuasión del dueño despótico de sus gustos y de todas sus facultades, se habia entrado religiosa en Argenteuil, donde sus talentos la elevaron bien pronto al cargo de priora; pero llena totalmente todavía de sus penas y de sus vergonzosos amores, aquella directora de vírgenes sagradas se halló poco apta para dirigir las en la práctica de la virtud mas esencial á su estado. La irregularidad de la conducta que observaban, sin que haya necesidad de buscar otra causa, hizo que se las echase de Argenteuil para poner allí monges de San Dionisio. Heloisa con muchas de sus discípulas se retiró á la casa de Paracleto que Abelardo habia establecido en la diócesis de Troyes, y que en lo sucesivo se hizo una abadía considerable. Allí fué donde curada en

(1) Petr. Ven. lib. 4, Epist. 21.

el fondo, pero siempre resentida del veneno que habia abrigado largo tiempo con complacencia á pesar de su consagracion, recibió la noticia de la muerte de Abelardo, cuyo cuerpo hizo llevar y enterrar en su nuevo retiro. Ella murió veinte años despues, y quiso ser enterrada en el mismo sepulcro.

Por aquel tiempo en que Abelardo fué condenado, tuvo San Bernardo una nueva ocasion de manifestar su celo por la uniformidad de las observancias, igualmente que por la unanimidad de la doctrina. Los canónigos de Lyon sin haber esperado el juicio de la Iglesia, y sin participacion alguna de la autoridad episcopal, habian instituido por una simple acta capitular la fiesta de la Concepcion de la Virgen. Hallándose ya muy multiplicadas las devociones particulares, el santo doctor, que temia sobremanera las novedades en materia de Religion, se creyó obligado á mantener en aquella augusta iglesia la adhesion particular que siempre habia manifestado á la antigüedad. «Querremos ser nosotros, les dijo (1), mas perspicaces ó mas piadosos que nuestros padres? Guardaos bien; la novedad es hija de la ligereza, madre de la temeridad, y hermana de la supersticion.» No obstante, el santo doctor despues de haber opuesto un gran número de argumentos á la institucion de la nueva fiesta, concluye con estas palabras: «Sin embargo, todo cuanto digo es sin perjuicio del sentir de las personas mas ilustradas, principalmente de la Iglesia romana, á cuyo exámen y autoridad remito esta cuestion y todas las de esta naturaleza, pronto siempre á corregir mis sentimientos si difriesen de los suyos.» Reserva muy discreta y prudente, pues efectivamente la Iglesia autorizó despues la fiesta de la Inmaculada Concepcion en el Concilio de Basilea. En el fondo la opinion de San Bernardo

(1) Epist. 174.

no parece contraria al sentir comun de los teólogos sobre esta materia; porque los criticos mas versados en la inteligencia de este Padre (1) pretenden con mucha razon que, negando que María fuese concebida sin pecado, toma el término de concepcion por el primer instante en que su cuerpo fué concebido, y no por el momento de la union de su alma con el cuerpo.

Todos los fieles, de cualquier órden ó clase que fuesen, tenían á mucho honor el seguir las luces del ilustre abad de Claraval. Los monges de San Pedro de Vallee le consultaron acerca de la obligacion de la regla de San Benito, y él les dirigió inmediatamente por respuesta su tratado del Precepto y de la Disciplina, en que se hallan las reglas de la dispensa examinadas con toda la exactitud conveniente (2). Despues fué consultado sobre algunas opiniones particulares por Hugo, prior de San Victor en Paris, teólogo famoso, llamado la lengua de San Agustin por su habilidad en penetrar la doctrina y en imitar el estilo de este Padre. Las preguntas de Hugo versaban principalmente sobre la materia de los Sacramentos, no obstante que él la habia profundizado con mucho fruto, y sobre la cual nos ha dejado una obra que es la mas celebrada de todas las suyas. La respuesta de Bernardo fué también una obra considerable (3). Sus soluciones razonadas y sólidamente probadas llenaron todas las esperanzas de Hugo, que por su parte nos enseña que cuando se administraba el bautismo á los niños se les daba también la Eucaristía, esto es, la especie de vino, haciéndosela chupar con la punta del dedo. Como añade, vituperándolo, que algunos sacerdotes ignorantes les daban vino ordinario en lugar de la san-

(1) Mabill. in. not. ad epist. 174.

(2) Opuse. 12.

(3) Id. 10.

gre preciosa, hay fundamento para inferir de aquí que este uso no era una forma rigurosamente prescrita. Hugo murió en el mismo año que Pedro Abelardo con los mas vivos sentimientos de piedad (1142). Despues de haber recibido el Cuerpo adorable de Jesucristo, tuvo durante mucho tiempo pegada su boca á los pies del Crucifijo, pareciendo querer chupar la sangre que allí estaba pintada y que se representaba correr de las sagradas llagas; lo cual indicaria que solo habia comulgado bajo la especie de pan.

Entretanto los negocios de que Bernardo se veia encargado le acarrearón contradicciones á que no fué insensible. Desde el año anterior hallábase despedazada la Francia por una guerra intestina y aun era de temer un rompimiento con la Santa Sede. Habiéndose dividido el cabildo de Bourges, con motivo de una eleccion de arzobispo, entre dos sujetos, uno de los cuales era Pedro de la Chatre, primo del canceller de la Iglesia romana, y el otro, el cortesano Cadurque que agradaba á Luis el Joven, fué nombrado Pedro mientras Cadurque habia ido á quejarse de su competidor; pero el rey no quiso ratificar la eleccion. Pedro se dirigió á Roma, y allí le consagró el Papa y le envió á tomar posesion. Aunque Luis habia jurado públicamente que La Chatre jamás seria arzobispo de Bourges, este se ocultó en las tierras que Thibaldo, conde de Champaña, poseia en Berry, y desde allí ejerció su autoridad en su diócesis, y habiéndose fulminado un entredicho, sea por él, sea por el Papa, sobre lo que de su diócesis pertenecia al rey, todas las iglesias se sometieron al arzobispo que de este modo fué causa de la guerra declarada á Thibaldo.

Al mismo tiempo el conde Vermandois, favorito de Luis VII, habia repudiado la sobrina del conde de Champaña á pretesto de parentesco; y tres obispos, uno de los cua-

les era hermano suyo, le habian permitido casarse con una hermana segunda de la reina Leonor. Consultóse á San Bernardo, y el Santo reprobó este adulterio y se declaró en favor de Thibaldo, que habia dado asilo al arzobispo de Bourges. Segun sus cartas y las quejas de las partes ofendidas, el Papa hizo enténdiese en esto su legado el cardenal Ives; pero luego que este excomulgó al conde de Vermandois y á su nueva esposa, y suspendió á los tres prelados fautores del divorcio, fueron taladas las tierras de Thibaldo; particularmente en Vitry (1142), habiéndose refugiado unas mil trescientas personas en una iglesia, fueron quemadas ó ahogadas en ella por orden del rey, que mandó prenderla fuego. Ajustóse empero una paz por la mediacion de San Bernardo y de algunos obispos, y el legado levantó las censuras. Pero en estas circunstancias murió este cardenal; y como ni el rey ni el conde de Vermandois cumplieron las condiciones estipuladas, el Papa amenazó con reiterar la primera sentencia. Entonces el rey escribió al abad de Claraval para que contuviese todo procedimiento contra el conde, pues de lo contrario resultarían funestas consecuencias. «Aun cuando pudiera, contestó el Santo, no creo debiera prestarme á ello, porque no debemos hacer un mal para que de él resulte un bien.» En vano probó á Luis que habia traspasado los límites de su derecho; la guerra volvió á renovarse con la misma barbarie: entonces Bernardo escribió al rey echándole enérgicamente en cara que seguía consejos diabólicos y una política homicida (1). Luis, aunque estaba furioso, solo se mostró irritado contra Thibaldo; pero sus ministros Joselino, obispo de Soissons, y Súgero, abad de San Dionisio, se irritaron contra San Bernardo, que no habia temido ha-

(1) *Epist.* 221.

blarles con la misma energía (1). La respuesta del obispo de Soissons, mortificante para el santo abad, fué recibida con humildad y valor. Bernardo tuvo tambien la pena de ver frustrados sus deseos en una conferencia en que el rey se olvidó de todo miramiento, hasta el punto de enfurecerse desde las primeras palabras que se le dirigieron. A pesar de esto no se cansó el Santo de escribir hasta conseguir la paz; pero este doble y desgraciado negocio no se terminó hasta el año siguiente en el pontificado de Celestino II. Luis, á pesar de su indiscreto juramento, reconoció entonces á Pedro de la Chatre, que ocupó dignamente su Silla durante treinta años; restituyó la libertad de las elecciones para las Sillas vacantes, y sus embajadores fueron recibidos solemnemente en Roma, donde se levantó el entredicho. Tambien parece fueron absueltos los tres obispos suspensos, al mismo tiempo que el conde de Vermandois, á quien se vió despues unido con Súgero. Por lo que hace á San Bernardo, á quien su celo habia impulsado á escribir, ora en favor de Thibaldo, ora en favor del rey, Dios, para probar su virtud, permitió se resfriase para con él la benevolencia de Inocencio. Reconociendo el Santo que merecia esta desgracia por haberse prestado con sobrada facilidad á las miras de la corte, lejos de desatarse en quejas y murmuraciones, escribió al Papa y le decia: «Tal vez he abusado de vuestra indulgencia, y os he cansado con la multitud de mis cartas; pero ya me enmendaré en lo sucesivo. Si he presumido demasiado de mí, olvidando quién sois vos y quién soy yo, vuestra bondad me habia inspirado ese atrevimiento. Me veía apremiado por amigos á quienes aprecié y creía poder servir, y si he sido importuno con vos no ha sido por mí; pero vale mas desagradarlos á

(2) *Epist.* 222.

ellos que desagradar á Vuestra Santidad. Ya no me he dirigido á Vos para hablar de los peligros que amenazan á la Iglesia y del cisma que tememos en Francia, sino que he escrito á los obispos que están cerca de Vos y que podrán informaros de ello (1).» Esta fué la última carta que el Santo escribió al Papa Inocencio, el cual á poco tiempo murió en 24 de setiembre de 1145 á los catorce años de su pontificado.

Dos dias despues fué elegido el cardenal de San Marcos, á quien llamaron Celestino II. Esta eleccion fué la mas pacífica que se habia visto en mucho tiempo; pero el nuevo Papa murió en 9 de marzo de 1144. En 12 del mismo mes Lucio II, llamado antes Gerardo, cardenal de Santa Cruz, fué elegido y coronado inmediatamente, y su pontificado, que no duró un año entero, fué muy borrascoso. Los romanos que en los últimos dias de Inocencio II habian concebido el proyecto imaginario de resucitar la república, animados en tiempo de Arnaldo de Brescia, se propasaron á los mayores excesos. Queriendo este Pontífice oponerse á sus empresas, recibió una pedrada de que murió en 25 de febrero de 1145. En este corto pontificado fué en el que se desvaneció por fin la obstinada y frívola pretension de los obispos de Dol á la dignidad metropolitana. El Papa Lucio, á ejemplo de Urbano II y de otros muchos de sus predecesores, estableció definitivamente que el obispo de Dol y todos los demas obispos de Bretaña reconociesen por metropolitano suyo al arzobispo de Tours. Tantas decisiones dadas unas sobre otras, domaron, á lo menos por algun tiempo, la obstinacion bretona, y fueron puestas en ejecucion.

La Santa Sede despues de la muerte violenta de Lucio no estuvo vacante mas

(1) *Epist.* 224.

que un dia entero, porque al otro, 27 del mismo mes de febrero, los cardenales reunidos en la iglesia de San Cesareo, eligieron Papa bajo el nombre de Eugenio III á Bernardo, natural de Pisa, simple abad del monasterio de San Anastasio de Roma, que Inocencio II habia dado al orden del Cister. Formado en Claraval bajo la disciplina de San Bernardo, y lleno del espíritu de su estado, vivia en el mas profundo olvido de las intrigas del siglo, cuando el voto unánime del Sacro colegio le sacó de su soledad, y le hizo subir, á pesar de su resistencia, al trono Pontificio. Cuando le iban á consagrar á San Pedro, fué avisado de que algunas tropas de sediciosos, idólatras de su fantástica república, se disponian á hacerle que confirmase el senado que habian ya restablecido: é inmediatamente y sin aguardar mas salió de Roma, y se retiró al monasterio de Farfo, donde fué consagrado en 4 de marzo.

Quando San Bernardo supo la elevacion de su discípulo á una dignidad tan eminente y peligrosa, escribió á los prelados romanos en estos términos llenos de sobresalto (1): «¡Dios os perdone el haber sacado á un muerto del sepulcro, y vuelto á sumergir en el tumulto de los negocios á un hombre que no hallaba felicidad sino en el retiro! Además, ¿en qué habeis pensado para echaros repentinamente sobre un solitario agreste, hacerle soltar de las manos la hazienda y el hacha, y llevarle por fuerza atónito y palpitando de susto al palacio? ¿No os parece tan extraño como á mí haber ido á escoger á un monge vestido de andrajos para vestirle con la púrpura y ponerle al frente de los príncipes y de los obispos? ¿Habiendo sido esto una estravagancia ó una maravilla? Creemos que sea una maravilla, cuando por todas partes me dicen que es obra del

(1) *Epist.* 237.